

De tensiones, miedos e incertidumbres: Carta de un japonés en México durante la Segunda Guerra Mundial.

From tensions, fears and uncertainties: Letter from a Japanese in Mexico during World War II.

Tonatzin Valencia Gutiérrez
Universidad Iberoamericana
Ciudad de México

ABSTRACT

Following the entry of Mexico to World War II, in May 1942, specific measures were disposed by the Mexican government to take with the foreign population. Mainly, with that population belonging to the Axis countries or their allies.

The Japanese case stands out for the practices of displacement and concentration to which this population was subjected during the Mexican participation in the war. The following text relates, from a previous reconstruction, some of the situations that the Japanese population and their descendants were faced with during the designated period.

Keywords: World War II, Japanese population, Migration, México.

RESUMEN

A partir del ingreso de México a la Segunda Guerra Mundial, en mayo de 1942, se dispusieron medidas específicas por parte del gobierno mexicano para tomarse frente a la población extranjera. Principalmente, con aquella población perteneciente a los países del Eje o bien, aliados al mismo. El caso japonés destaca por las prácticas de desplazamiento y concentración a la que esta población fue sujeta durante la participación mexicana en la guerra. El siguiente texto relata, desde una reconstrucción previa, algunas de las situaciones a los que la población japonesa y sus descendientes se vieron enfrentados durante el periodo señalado.

Palabras clave: Segunda Guerra Mundial, Población Japonesa, Migración, México.

Ensayo recibido: 30 de enero de 2022

Ensayo aceptado: 26 de marzo de 2022



A la señora Margarita Sánchez, viuda de Blancas.

A través de esta carta le dejo constancia de lo sucedido en estos últimos meses porque, finalmente, ha pasado lo que más temía. No tanto por mí, la casa o la tintorería, sino por mi esposa y mis dos hijas; especialmente por las niñas. La situación es más injusta para ellas que para mí o para su madre. Finalmente, todo lo que tenemos ha sido para que puedan algún día compartirlo con sus esposos y seguir con el negocio familiar. Ahora toda esperanza va a ser difícil de mantener... tengo miedo de dejarlas o ya no poder seguir las ayudando.

Señora Margarita, permítame, primero, explicarle cómo estuvieron las cosas desde antes para que me entienda por qué le digo lo que le digo. Son cosas que no había platicado con usted en lo que va de que la conozco, por eso quiero que me ponga toda su atención.

Pues veré, tengo más de 30 años viviendo aquí en Tampico y llegué más o menos por 1905, años más, años menos, en un grupito de unos 20 muchachos que fuimos cargados para trabajar aquí desde Osaka. Primero, nos dijeron que era para lo de las vías del tren, pero una cosa llevó a la otra y terminé trabajando en varias "cositas", como dice la gente de aquí. Trabajé de "mandadero" con los dueños de una finca, y también trabajé con ellos como peón, al menos en lo que aprendía un tantito de español.

Después estuve trabajando en la pesca, pero no me gustó porque pagaba muy poco; entonces, me puse a ayudarlo a don Marcelino Pérez en la administración de su tienda en el centro de la ciudad. Valiéndose de que era de los pocos que

sabía leer, escribir y contar, don Marcelino me encargó que le ayudara con las cuentas, como aquí le dicen a las cosas administrativas.

Como era un señor estudiado, se encargó de enseñarme más español para que la gente me entendiera fácil; o, también, según él, para defenderme de las "majaderías" que me gritaban en la calle. Nunca terminé de entender el significado de "majadería", pero como sonaba enojado cuando lo decía, entonces asumí que era algo malo. Nunca tuve que hacer uso de sus palabras porque nunca me dijeron una "majadería", aunque también pudo ser que me la dijeron y no la entendí. Según mis paisanos, los mexicanos tienen una forma curiosa de insultar a otros, con palabras que no conocemos o con frases que no tienen sentido para nosotros.

A lo que voy es que es de don Marcelino, a quien le debo el poder haberme hecho de unos ahorros después de haber trabajado con él casi 15 años, fue de donde me salió la idea de poner una tintorería, pues porque entre sus varios negocios que fue abriendo, acumulando y cerrando, tuvo al menos dos tintorerías en las que trabajé después de aprender a lavar y planchar la ropa bien. Ya se murió don Marcelino hace unos tres, cuatro años.

Todavía me acuerdo con mucho cariño de él porque me dio trabajo, me prestó dinero para ir a Osaka a recoger a la muchacha con la que me iba a casar y se encargó de armarnos una fiestecita cuando nos casamos. Quería mucho a mis hijas Naomi y Lupita Azami. Y escribo de él porque estoy seguro que le daría mucho coraje ver la manera en que nos está tratando ahorita el gobierno, la gente con la que trabajamos y los que hasta eran "amigos".



Pasa que los últimos años se han puesto bastante feos para los japoneses como yo, como mi esposa Naoko y como mis hijas. Cuando el gobierno japonés se unió a la guerra junto a Alemania e Italia, los periódicos mexicanos se volvieron locos con las noticias de aviones bombarderos, invasiones en China y un sinfín de horrores cometidos por nuestros compatriotas.

No faltó mucho para que nos empezaran a cuestionar sobre si estábamos de acuerdo con lo que estaban haciendo los soldados de nuestro país, ni tampoco faltó mucho para que nos acusaran de ser espías como decían los “gringos” que pasaban a México, o para que nos gritaran en la calle que volviéramos a Japón; no fuera a ser que les pusiéramos una bomba. Con esas cosas, mis hijas ya no iban a gusto a la escuela, pues muchos de sus compañeros las miraban mal. Y los maestros ya no eran buenos con ellas tampoco.

No hemos sido los únicos que padecen de estas cosas. En la ciudad viven más familias como nosotros. Todos japoneses, o también hombres japoneses casados con mujeres mexicanas que conocieron aquí y con las que tuvieron hijos. Son contadas las personas que no han sufrido o perdido algo con la guerra que no nos toca.

La cuestión empeoró cuando los gringos declararon la guerra a Japón. Por los periódicos nos enteramos que nuestros compatriotas allí estaban siendo sacados de sus casas para ser llevados a lugares apartados y cerrados, con pocas cosas personales y sin nada de dinero; el peor miedo de mi esposa y mío era que nos pasara lo mismo.

La situación parecía ponerse peor según lo que veíamos en los periódicos y escuchábamos en la radio de forma casual. Si México nos trató con calidez al inicio, ahora

dejaba de reconocer los lazos de amistad que había formado con nuestro país para apoyar al vecino. México estaba escogiendo bando y nosotros estábamos siendo vistos como enemigos sin haber hecho nada malo. La guerra no es nuestra culpa, y doy fe de que muchos compatriotas rechazan la alianza de nuestro gobierno con Alemania e Italia. Nada más puedo decir que a México llegamos a trabajar y tener dinero para las familias, no para ser espías de nadie.

La situación se puso peor cuando el presidente Ávila Camacho declaró la guerra a lo que los periódicos le dicen “el Eje”: Alemania-Italia-Japón. La gente de Tampico y de otras ciudades salió emocionada a la calle a celebrar que México entraría a la guerra: ¿Cómo puede ser eso posible?

Los muchachos estaban entre emocionados y espantados por el servicio militar obligatorio y nosotros, nada más nos vimos de un lado a otro pensando en que iban a hacer con nosotros si oficialmente, ya éramos enemigos declarados del que decíamos nuestro segundo país. Sí la gente ya medio nos trataba mal, con esto bastó para que nos trataran con más desprecio, enojo y miedo. Fue muy difícil ver a las personas de antes tratarnos tan mal después de más de 30 años de vivir aquí. Se siente como si fuéramos extraños. La simple respuesta es que éramos amigos a los que volvieron enemigos y extraños.

Cuando digo que anoche pasó lo que tanto temía, me refiero a que vino el alcalde a nuestra casa, acompañado de un policía. Uno parecido a esos que me recibieron el día que llegué aquí por el puerto y que después nos hicieron el favor de llevarnos a dónde íbamos a trabajar. Esta vez nos estaban dando una hoja firmada por la Secretaria de Gobernación donde se nos



avisaba que teníamos 48 horas para salir de nuestra casa sólo con pertenencias esenciales; para vender nuestros terrenitos, cualquier pertenencia e irnos a la Ciudad de México a registrar a un lugar que no entendí bien. El agente nos va a estar esperando a mi esposa, a mis hijas y a mí a más tardar mañana para salir a la Ciudad de México en un grupito de varios “inmigrantes”, aunque lo que quería a decir era “indeseables”.

Ya había escuchado que a los compatriotas que habían decidido nacionalizarse les quitaron la validez de sus documentos, pero no pensé que podría ser posible que nos pasara algo como en Estados Unidos. Mis hijas no entienden qué pasa y nosotros no sabemos cómo explicarles que nos van a llevar a un lugar grande junto a otras personas y que según la gente del norte, es muy parecido a una cárcel para personas “peligrosas”. No vamos a poder salir porque nos metería en problemas con la policía, y ahora que lo pienso, tampoco estoy seguro si nos van a llevar un lugar de esos que platican los gringos o si nada más nos espantan con esos cuentos.

La verdad es que no tenemos dinero y no podemos vender nuestras cosas de hoy para mañana. Así que señora querida, le pido como su amigo incondicional de años que no nos dé la espalda ahorita.

Ha sido de las pocas personas que nos ha ayudado junto con su señor esposo a quien le escribí desde antes. Me temo mi carta no le llegó estando él en vida. Perdónenos por no ir a darle el pésame, pero ya estábamos vigilados y se nos prohibió salir de Tampico.

Le pido que por favor, no sea mala y le escriba a mi hermano Toshiro, que está en Baja California Sur. Él está soltero, pero chance si lo encuentra le pueda decir que ya nos llevaron a la Ciudad de México y que ya no tenemos cómo comunicarnos con él. Le dejo su dirección para que le escriba y le cuente como está la situación aquí para que se vaya previniendo con unos ahorros y no le ganen las prisas como a nosotros.

También quiero pedirle un último favor: Que si le llaman o la van a buscar los de inmigración, no les diga que no nos conoce, por favor. No tenemos a quien acudir aquí cerca porque los que se decían amigos, ya nos salieron con sus cosas, pero no los culpo. Señora, no sea mala, échenos la mano en lo que usted pueda y no nos deje a nuestra suerte.

Quedo de usted atento, esperando que mi carta no haya sido en vano.

Yoshiaki Tsuru.

